

Editorial: Racionalidad Comunicativa de la Excepción.

En el presente número de Re-Presentaciones atendemos al ejercicio y función que han desempeñado los Medios de Comunicación y el Campo Periodístico en el contexto de la crisis política de la Democracia Neoliberal en Chile. Tras el reciente estallido social de octubre de 2019 —junto al gobierno, la casta política y la policía—, los Medios de Comunicación y el ejercicio periodístico han resultado ser unas de las instituciones más criticadas y repudiadas por la ciudadanía. La explicación de aquello parece encontrarse en que la concentración de los medios de comunicación y el adiestramiento comercial y “profesionalizante” del campo periodístico han resultado mecanismos de reproducción simbólica de las condiciones de producción del modelo neoliberal en Chile. Como es sabido, la elaboración y circulación de una lógica discursiva que constituya las claves comprensivas de un sistema social resulta fundamental para la configuración de un orden hegemónico, y así lo han comprendido y ejercido los medios de comunicación.

Analíticamente, los medios de comunicación y el campo periodístico se configuran como dispositivos discursivos de inmunización securitaria del sistema neoliberal. Los medios de comunicación han operado como instituciones del orden, dispositivos policiales en el sentido estricto del concepto. Trabajan como mecanismos bélico-políticos en el campo litigante de los discursos.

Tal cual como expresara el Presidente Piñera al declamar: “Estamos en guerra”, los medios de comunicación han hecho suya esta expresión y no han cesado de “disparar a ráfaga” su discurso de defensa y legitimación del orden en crisis. Asimismo, han ejercido una funesta tarea de encubrimiento de los abusos, atropellos y violaciones a los derechos humanos. Mientras en las calles y ciudades de todo el país se desata una violenta represión contra la ciudadanía movilizada, la televisión opta por “cerrar los ojos”. Hace cual si no pasara nada y muestra su teleserie de turno. Tal es la complicidad orgánica y estructural de los medios de comunicación con el sistema en crisis, que la ciudadanía para informarse ha debido generar circuitos de información alternativos a través de redes sociales y ha debido acudir a medios extranjeros que informan lo que los medios oficiales no permiten.

El fenómeno histórico político al que asistimos es de enorme magnitud y complejidad, sin embargo, los medios de comunicación sólo lo han integrado a su parrilla programática reduciéndolo como si fuese un evento mediático más, esto es, seguir haciendo lo que históricamente han hecho: la descomplejización y empobrecimiento cognitivo del mundo. El resultado de esto es siempre el mismo en todas las estaciones: un panel televisivo compuesto por modelos, animadoras, cantantes *démodé* y rostros de tv, sin ninguna competencia cognitiva, quienes simulan y ensayan ante las cámaras sus mejores rostros de perplejidad y complexión, intentando comprender –pero al mismo tiempo reducir a sus estructuras de significación precarias e indigentes–, un acontecimiento histórico cuya envergadura y alcances histórico políticos están lejos aún de ser descifrados. En suma, todo lo ocurrido es reducido a una “inteligencia de matinal”.

De este modo, los medios de comunicación en cuanto dispositivos han puesto en evidencia su relación orgánica con las estructuras e instituciones de poder económico y político. Están destinados a la producción de vigilancia, control y reproducción simbólica del orden. Esta operación la efectúan mediante dos mecanismos enunciativos solidarios y articulados en su lógica interna: por un lado, la forclusión del pensamiento –a través de lo que Bourdieu llamó “incompetencia cognitiva”–, y por otro, una descomplejización analítica y su consecuente moralización normativa. De allí que en su estructura discursiva existe un debilitamiento paroxístico de una racionalidad argumental mínima, la violación flagrante de aquellas reglas argumentales más básicas que exigiera Apel, destinadas a preservar la eticidad y la razonabilidad de la palabra pública.

Lo que se evidencia entonces es el colapso de toda una institucionalidad económica y política, y con ella, también el colapso de su figuración simbólica. Los medios de comunicación se presentan como un *metalugar* enunciativo, por sobre y más allá de la contingencia conflictual y sus agentes, sin embargo, no consiguen advertir para sí, que –en tanto dispositivos y tecnologías enunciativas–, ellos mismos forman parte de la institucionalidad en crisis. Los medios de comunicación en cuanto formaciones y prácticas discursivas en su producción de efectos de verdad y prácticas de veridicción, han quedado totalmente develadas, pues en su afán de ocultar(se) no han hecho más que develar(se).

Ante este escenario, académicamente resulta inquietante pensar en ¿qué lugar le queda a un periodismo crítico, analíticamente competente y calificado, éticamente constituido y con un severo y genuino compromiso con los principios y valores de la República, es decir, una comunidad política libre, justa y soberana? ¿Qué desafíos y nuevas exigencias se nos plantean para la transformación del campo periodístico y la conformación de un periodismo crítico, ciudadano y genuinamente democrático? Finalmente, ¿qué formación académica, ética y profesional se requiere para que las y los nuevos periodistas sean capaces de enfrentar las complejas exigencias que el contexto impone?

En lo inmediato, no nos queda más que acrecentar nuestros esfuerzos e insistir en la necesidad del rigor y la excelencia, así, seguir bregando y cifrando esperanzas en las honrosas excepciones de profesionales y medios no oficiales que propugnan y dignifican una labor social, pública y política del periodismo tan fundamental para el ejercicio de la ciudadanía, el respeto y defensa integral de sus derechos.

Ahora bien, es en este registro y sensibilidad que se reconocen los trabajos aquí publicados, cuyos abordajes están lejos de recibir de manera simple los desafíos que ha planteado la coyuntura sino que, por el contrario, han elevado la densidad de las interrogantes hacia una serie de problemas que desbordan ampliamente las cuestiones que una disciplina profesional puede resolver con comodidad. En efecto, si hay un denominador común en muchos de los artículos de este número, es la vacilación a la hora de establecer una terminología sobre lo ocurrido en las últimas semanas: aquel acontecimiento que aún no se hace dócil a las denominaciones pero que ha circulado como el “estallido social chileno”, el 18-O, la “Revolución chilena”, entre otras variadas etiquetas.

Resulta entonces relevante hacer énfasis en que los sentidos y las categorías todavía están en juego. Pese a que, sobre todo en las últimas semanas –a nivel de los medios–, se ha insistido en un registro analítico que parece mirar lo acontecido como algo cuyo sentido se ha ya establecido y finiquitado, nos atrevemos a decir que “los datos aún están en el aire”. La disputa tiene, nos parece, lugar en el orden de lo temporal –y por qué no decirlo–, de lo acontecimental: por una parte, pensar lo acontecido como algo ya resuelto y finiquitado, aproximarse a ello como algo preterizado, en cierto modo ya momificado. Por otra parte, entender el peso y el valor del

momento abierto, tenso y decisivo al que los griegos llamaron *kairós*, trátase de aquella suspensión radical de la temporalidad lineal y de sus cómodos contratos de significación con la geometría del orden, y apostar entonces a la ruptura de la estabilidad como algo que abre una brecha entre lo que somos hoy y lo que –de manera aún inédita– podríamos devenir mañana.

En esta tesitura indefectiblemente adviene la pregunta ¿Qué gramáticas se inauguran para comunicar lo que aún no ha terminado de acontecer? Las discusiones que ofrecemos en este número quisieran contribuir a espesar esta pregunta. La racionalidad comunicativa de la excepción puede entonces constituir una oportunidad para que lo discontinuo asome no respecto de lo ha que ha sido, sino de lo que puede emerger tras la consumación de un orden que se pretendía infranqueable. Lo que está dicho en buena parte de los análisis que aquí se entregan se alinean bajo esa latencia que es también un refugio para lo imaginal y la inventiva.

En los textos de Yuri Carvajal, así como en los de Carlos Ramirez, Cristopher Yañez-Urbina e Iván Salinas, hay un esfuerzo por dimensionar lo que se juega en un conflicto que desde sus inicios se mostró como la muestra metonímica de una escena crítica de mayor envergadura. Así, la consigna “no son 30 pesos, son 30 años”, resultaba ilustrativa de una fractura cuyo tamaño se estaba aún en vías de mensurar pero que claramente compromete aspectos y elementos que no se reducen a la vicisitud política específica del último tiempo. De este modo, Carvajal inscribe el acontecimiento chileno dentro de la fatiga de un esquema político moderno donde la naturaleza y la cultura han quedado divorciadas, resultando en los estragos medioambientales del antropoceno. Por su parte, Ramirez, Yañez-Urbina y Salinas elaboran un diagnóstico que compromete el proyecto general de una democracia representativa hasta el punto de evidenciar sus fracturas mayores respecto de las bases políticas de la modernidad. Para ello los autores, al amparo de una analítica que proviene principalmente de Foucault, examinan la puesta en forma de dispositivos y mecanismos que buscan gestionar o administrar el conflicto de acuerdo a las categorías políticas provenientes del Estado decimonónico, evidenciando así su agotamiento y disolución. En sintonía estrecha con lo anterior, Rodrigo Karmy ha formulado una espesa crítica al modo en que la soberanía política se pone en ejercicio, revelando que su operación actúa más como un efecto desplegado de conjunto más que como el accionar unívoco de una sustancia fiel a una imagen. De este modo, lo *imaginal* desafía el orden de un mundo que se representa, precisamente, por su imagen de mundo.

Por otra parte, un acertado encuentro con estas cuestiones se ha dado en un grupo de textos que, de manera concertada, se pregunta por la cuestión del archivo como tecnología política en la era de la información. Este grupo de artículos tiene a la base el libro de Andrés Tello *Anarchivismo. Tecnologías políticas del archivo* (2018). Se trata, en ese sentido, de una coartada para pensar un desafío al registro de datos, su codificación y circulación, además de su uso en operaciones de regulación del orden informativo-político. Por una parte, María Stegmayer profundiza sobre el carácter subversivo del anarchivismo como aquello que se resta de la distribución rígida de la maquina capitalista lo que implica, no obstante, un desafío si lo que se busca es dar un paso hacia la articulación de otro orden. A su vez, para Pablo Manolo Rodríguez la cuestión trata del modo en que la información se organiza bajo la égida de la acumulación capitalista arcónica que se obstina en atesorar sentidos y asignar jerarquías en los diversos regímenes de veridicción. Finalmente el mismo Andrés Tello se permite una reflexión retrospectiva de su propuesta que pone en relación su trabajo con la revuelta chilena de los últimos meses insistiendo en el modo en que el archivo mediático ha conformado una máquina social del archivo que fomenta y propicia un orden social correlativo a la racionalidad de gobierno neoliberal que en Chile es desafiada por la revuelta tanto en un sentido político como comunicacional.

En definitiva, con este trabajo queremos también contribuir a proyectar el trabajo académico hacia un presente que reclama el ejercicio constante y comprometido de una crítica hacia los modos en que el saber y la labor profesional se hacen parte de un mundo común que está lejos de clausurarse.

Juan Pablo Arancibia y Tuillang Yuing Alfaro

Equipo Editorial